



El Alma y Divinidad de Cristo en el seno de Abraham.
DESCENDIDO á las infernales y sacó las Almas de los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento.

los, á quien debemos confesar Hijo de Dios; pero Hijo entregado á los tormentos y á la muerte, y tentado en todo por semejanza sin pecado. No tenemos, pues, dice el Apóstol, un Pontífice que no pueda condolerse de nuestras miserias y de nuestras enfermedades. Con sus padecimientos y su muerte nos abrió el camino á la reconciliación, y su corazón está dispuesto á librarnos de los males de culpa que nos aquejan; males de culpa que tomó sobre sí para expiarlos por nosotros en el madero de la cruz. ¿Qué, pues, puede impedirnos para que nos acerquemos ya con confianza al trono de la gracia: para que alcancemos misericordia, y hallemos una gracia que nos socorra oportunamente con sus auxilios soberanos? He aquí el fruto de la pasión de Cristo: he aquí el descanso á que se nos convida. Salgamos ya del afán y agitación de las pasiones: dejemos de correr tras de una sombra vana que huye delante de nosotros: suspendámonos para no precipitarnos en el abismo del pecado; busquemos, en fin, el verdadero descanso del alma y del corazón, y para ello muramos con Jesús: muramos al mundo; muramos á nuestras pasiones; muramos á nosotros mismos, para que solo vivamos para Dios, y muertos á lo temporal y á lo visible, nuestra vida esté escondida con Cristo en Dios.

Sábado Santo.

El Sábado santo se ha mirado siempre en la Iglesia como uno de los días mas solemnes, aun ántes que se hubiesen anticipado los oficios de la noche del Domingo de pascua al día precedente. El oficio del Sábado Santo es propiamente la continuación de las exequias del Salvador, y particularmente de su sepultura. La Iglesia está metida todavía en su gran duelo. Su profundo silencio, y el no ofrecerse en este día el divino sacrificio, á imitación del Viernes santo, todo esto denota su grande aflicción. Está únicamente ocupada en llorar la muerte del divino Esposo, y en venerar en este día el misterioso descanso que guarda Jesucristo hoy en su sepulcro, y al mismo tiempo su bajada á los infiernos, es decir, á los lugares mas bajos de la tierra, según San Pablo. El alma santísima de Jesucristo, de la cual jamás se separó la divinidad, como tampoco de su adorable cuerpo, el cual fué puesto en el sepulcro luego despues de su muerte; esta alma santísima bajo efectivamente á los lugares mas subterráneos, donde triunfó de los demonios que acababa de

vencer enteramente con su muerte, y á quienes hizo sentir las tristes consecuencias de su derrota. Consoló á las almas del purgatorio, haciendo que tuviesen esperanza de verse bien pronto libres de sus tristes calabozos: finalmente, sacó de aquellas tinieblas las almas de los santos patriarcas y de los otros justos, es decir, de todos aquellos con quienes Dios había usado con anticipación de misericordia, y concediéndoles la remisión de sus pecados en atención á los méritos de Jesucristo; pero que no podían gozar plenamente del efecto de esta misericordia, hasta que Jesucristo hubiese satisfecho á su Padre por los pecados de todos los hombres con la efusión de su sangre. De estos dichos predestinados formó desde luego como una corte el alma del Salvador, llevándolos despues consigo en triunfo á los cielos, cuya entrada estaba cerrada á los hombres hasta que Jesucristo la abrió con su muerte. Durando advierte que el motivo porque la Iglesia ha consagrado todos los Sábados del año al culto singular y á la devoción especial de la Santísima Virgen, es porque habiendo muerto Jesucristo y dudando de su resurrección todos sus discípulos, la fé se halló toda en sola la Santísima Virgen; ella fué la única que durante el Sábado conservó con cuidado el precioso depósito de la; fé ella sola fué fiel con perfección, y de un modo positivo.

Todo el oficio del Sábado santo, segun el espíritu de la Iglesia, solo se ordena á honrar y venerar estos dos misterios, la bajada del alma de Jesucristo á los infiernos y el descanso de su adorable cuerpo en el sepulcro. Este oficio no se acababa hasta despues de la hora de nona, que se extendia hasta ponerse el sol, y entónces comenzaba con el nuevo día el oficio solemne de la gran vigilia de pascua. Era esta vigilia la primera de todas las del año en dignidad; es tambien la primera en antigüedad, por lo que mira á los establecimientos de la Iglesia; ha pasado siempre por la mas célebre y la mas indispensable de todas; era tambien la mas larga, pues á su oficio se juntaba inmediatamente el de la gran fiesta de pascua. Como el dia civil entre los judios empezaba siempre al ponerse el sol, así tambien al ponerse el sol la tarde del Sábado santo empezaba esta famosa vigilia. Los fieles acudian entónces á la Iglesia, y habia pocos que no pasasen toda la noche en ejercicios de devoción. El oficio que era muy largo, la lectura de las lecciones tomadas del antiguo Testamento, las instrucciones, las ceremonias, las oraciones, ocupaban hasta el amanecer; á cuyo tiempo comenzaba el oficio de

pascua, que era seguido de la misa, en la cual comulgaban los fieles que estaban todos en ayunas, unos desde la austera y moderada refeccion del Viérnes Santo, y muchos desde el Juéves. Despues de lo cual cada uno se retiraba á su casa para descansar un poco y volver despues á la Iglesia. Esta religiosa costumbre subsiste aún entre los griegos. Pero despues que la Iglesia latina, gobernada siempre por el Espíritu Santo, tuvo por conveniente por muchas razones prohibir las juntas nocturnas, el oficio del Sábado santo se anticipó, como el de las otras dos grandes ferias, á la tarde del dia antecedente, y todo el oficio del Sábado santo, que hasta la misa está consagrada á la memoria de la sepultura del Salvador, se termina por la mañana en el oficio de nona. Entónces empieza el oficio de la gran vigilia de pascua; pero aunque la Iglesia ha mudado el tiempo de celebrarlo, no ha mudado ni las ceremonias ni las oraciones.

Este oficio empieza por la bendición solemne del nuevo fuego, habiéndose extinguido y apagado ántes enteramente el antiguo. Todo es misterioso en estas santas ceremonias. La extincion del fuego viejo parece representar la ley antigua, extinguida y abolida en la muerte del Salvador; y el fuego nuevo significa aquella ardiente caridad, que debe ser como el alma de la nueva ley. Habiendo muerto Jesucristo, luz del mundo, esta divina luz estuvo, por decirlo así, como apagada estos tres dias. Tomando el Salvador una nueva vida, volvió á aparecer aquel nuevo fuego, del cual el que se saca el dia de hoy del pedernal, es como un simbolo y una figura. Las oraciones de que la Iglesia se sirve para bendecir solemnemente este nuevo fuego, descubren y manifiestan todo el misterio que encierra, como tambien el sentido mistico y moral.

«Oh Dios! dice la Iglesia, que por tu Hijo, que es la piedra angular de tu Iglesia, infundiste en los corazones de tus fieles el luminoso fuego de tu caridad, santifica este nuevo fuego, que para nuestro uso hemos sacado del pedernal; y concédenos que en estas fiestas de pascua seamos de tal suerte abrazados de celestiales deseos, que podamos llegar con unos corazones puros á la solemnidad de las fiestas de la gloria eterna. Por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

Señor Dios, Padre omnipotente, luz eterna, criador de toda luz: echa tu bendición á esta luz, así como la bendijiste y santificaste, alumbrando con ella á todo el mundo, para que hagas salir de ella un fuego divino que nos abrase y alumbré; y así como alumbraste

á Moises al salir de Egipto con una milagrosa luz, dignate tambien alumbrar nuestros corazones y nuestros sentidos, para que podamos llegar un dia á la vida y á la luz eterna. Por Jesucristo nuestro Señor.

Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno, dignate cooperar con los que bendecimos este fuego en tu nombre, en el de tu Hijo único Jesucristo nuestro Dios y Señor, y en el nombre del Espíritu Santo, y ayúdanos contra los dardos encendidos del enemigo, y derrama sobre nosotros la luz de tu celestial gracia. Tú, que siendo Dios vives y reinas con el mismo Jesucristo tu Hijo único, y con el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos.

La bendicion que se hace de los cinco granos de incienso, destinados para ponerse en el cirio pascual, no es ménos significativa y expresiva del sentido y del espíritu de todo el misterio. Te suplicamos, Dios omnipotente, continúa el preste, bagas que este incienso reciba una efusion abundante de tu bendicion. Enciende tú mismo este fuego que debe alumbrarnos durante la noche, pues renuevas el mundo con las obras invisibles de tu poder, para que no solo el sacrificio que se te ha ofrecido esta noche reciba las secretas impresiones de tu luz, sino para que tambien sean desterrados todos los artificios y toda la malicia del demonio, de los sitios á donde se lleve alguna cosa de lo que santificamos aquí, y se experimente en ellos la virtud de tu divina Magestad. Por Jesucristo nuestro Señor.

Todas estas oraciones hacen ver bastantemente cuál es el espíritu de la Iglesia en todas estas ceremonias, y con qué sentimientos de religion se debe asistir á ellas. Se asegura que por mucho tiempo se vió todos los años en Jursulena en la iglesia del Santo Sepulcro un milagro el Sabado santo, con ocasion de este nuevo fuego; y era que estando apagadas todas las luces á la hora en que se cree fué la resurreccion de Jesucristo, una lámpara se encendia milagrosamente á vista de una infinidad de testigos, que concurrían de todas partes atraídos de la devocion y del prodigio. Odolrico, obispo de Orleans, á la vuelta de una peregrinacion que habia hecho á Jersulena el año de 1033, testifica haber traído la lámpara que el fuego del cielo habia encendido el año que habia estado allí, la que compró al patriarca Jordan para darla á su Iglesia.

Hecha la bendicion del nuevo fuego se enciende una candela, dividida en tres brazos ó espigas en honor de la Santísima Trinidad,

cuya luz es Jesucristo, y se convida en voz alta al pueblo á dar gracias á Dios por el conocimiento que nos dió Jesucristo de este adorable misterio: dice el Diácono: *Nuestra fé es propiamente la luz de Jesucristo; y responden todos: Gracias á Dios. Mas ¡qué gracias no le debemos dar por un tan señalado beneficio? El cántico de alegría que se llama comunmente la Angélica, porque empieza por esta expresion: Exultet iam Angélica turba &c. Dé saltos de gozo la celestial tropa de los ángeles, y celebre con una santa alegría nuestros divinos misterios, es como un clamor de alegría de toda la Iglesia, por la agradable nueva de la resurreccion del Salvador. Por eso se cantaba al momento que comenzaba á rayar el alba; y así como los ángeles anunciaron á los hombres el feliz nacimiento del Salvador por medio del cántico Gloria á Dios en lo mas alto de los cielos; así el dia de hoy anuncia la Iglesia su triunfante resurreccion, convidando á toda la corte celestial á celebrar con ella este glorioso triunfo. Resuene por todo el mundo la trompeta sagrada que nos anunció nuestra salud y publique la insigne victoria de tan gran monarca. Alégrese tambien la tierra viéndose bañada de una luz tan brillante, y los rayos hermosos de gloria que este Rey eterno esparce por todas partes, la hagan conocer la dicha que goza en verse finalmente libre de las espesas tinieblas que ocupaban todo el mundo. Regocjese nuestra madre la Iglesia viéndose adornada con el resplandor brillante de tan gran luz. Y este templo resuene con los gritos de alegría de todo el pueblo que se ha juntado para la celebracion de una tan gran fiesta; por lo cual, continúa el diácono que canta la Angélica; por lo cual, hermanos los que estais aquí presentes y acabais de ser alumbrados con la admirable claridad de esta santa luz, juntad vuestras súplicas con las mias, para que de concierto obtengamos que derrame el Señor sobre mí los rayos de su divina luz; y no obstante mi indignidad, me permita publicar todas las alabanzas de este misterioso cirio, consagrado á su honor y á su nombre. . . Levantemos nuestros corazones á Dios, y démosle eternas acciones de gracias; es muy justo que juntemos el sonido de la voz con los afectos del corazon, para alabar al Dios invisible, Padre Todopoderoso, y á su unigénito Hijo nuestro Señor Jesucristo, que pagó por nosotros al Padre Eterno la deuda de Adán; y con su misma sangre borró y canceló las actas que habia contra nosotros, y el decreto que nos condenaba como reos en consecuencia del pecado del primer hombre. Estas son las*

fiestas de pascua, en las cuales se inmola el verdadero Cordero, cuya sangre consagra y santifica las puertas de las casas de los fieles. Esta es la noche, Dios mío, en que sacaste en otro tiempo de Egipto á los hijos de Israel nuestros padres, y los hiciste pasar el mar Rojo á piés enjutos. Esta es la noche que disipó las tinieblas de los pecados con el resplandor de una columna luminosa; esta es la noche que separando á los que en todo el mundo creen en Jesucristo, de los vicios del siglo y de las tinieblas del pecado, los vuelve á la gracia y los agrega á la compañía de los santos. Esta es la noche en que Jesucristo, habiendo roto las cadenas de la muerte, sube victorioso de los infiernos; pues de nada nos hubiera servido haber nacido, si no hubiéramos tenido la dicha de ser redimidos. ¡Oh efusion admirable de tu bondad para con nosotros! ¡Oh exceso incomprendible de tu inefable caridad! Para redimir al esclavo entregaste tu propio Hijo. ¡Oh pecado de Adán, detestable á la verdad por su malicia, pero que fué ocasion de la mas grande de todas las dichas, pues se borró con la muerte del Salvador! ¡Oh culpa, á la verdad infeliz, pero en cierto modo dichosa, pues nos procuró un tal y tan grande Redentor! ¡Oh noche verdaderamente feliz, la cual sola pudo saber el tiempo y el momento en que resucitó Jesucristo! Esta es la noche de la cual está escrito: La noche será para mí tan clara como el día; esta noche tan clara por los resplandores que salen de mí, no contribuirá poco al lustre y magnificencia de mi triunfo. La santidad de esta feliz noche destierra los delitos, lava las culpas, vuelve la inocencia á los que la habian perdido, alegrá á los que estaban en la afliccion, disipa los odios y las enemistades, infunde la paz y la union en los corazones, y somete á Dios todos los imperios del universo. Recibe, pues, ó Padre Eterno, en atencion á esta sagrada noche, el sacrificio de este incienso, que tu santa Iglesia te ofrece esta tarde por las manos de tus ministros en oblation solemne de este cirio, cuya materia han suministrado las abejas. (Aquí el diácono pone los cinco granos de incienso en el cirio pascual en forma de cruz,) y añade: Ahora conocemos las excelentes ventajas de esta columna de cera, que un fuego brillante y sagrado va á encender á honra de la Magestad divina; y aunque este fuego divino se divida despues en muchas partes, en todos los sujetos, á los cuales va á comunicar su ardor y su luz, nada pierde por esta comunicacion, alimentándose de la cera derretida que la abeja produjo para componer la sustancia de este misterioso fanal. (Aquí se

encienden las lámparas,) ¡Oh noche verdaderamente feliz, que despojando á los egipcios, enriqueció á los hebreos! El sentido literal cae sobre lo que pasó al salir los israelitas de todo el Egipto; y el sentido alegórico nos representa á los cristianos enriquecidos, por decirlo así, con los despojos de los judíos, los cuales rehusando reconocer al Mesías, y dándole la muerte, perdieron para siempre la cualidad de pueblo escogido, y todas las bendiciones; las que, abandonada la sinagoga, han pasado á la Iglesia. Noche en la cual el cielo se une con la tierra, y Dios con los hombres. Suplicámoste, pues, Señor, que este cirio consagrado á honra de tu nombre arda toda esta noche para disipar sus tinieblas, y que su luz, levantándose como un perfume agradable, se mezcle con la de las celestiales antorchas. El lucero de la mañana lo halle todavía encendido; este astro, digo, que nunca pierda su luz; que habiendo resucitado y volviendo victorioso de los infiernos ha hecho lucir sobre todo el linaje humano una tan brillante luz en una perfecta serenidad. Suplicámoste, pues, Señor, que concediendo á nuestros días la tranquilidad de una dichosa paz, te dignes en estas fiestas y gozos pascales conservar, proteger y gobernar á todos sus fieles siervos, al clero y á este devoto pueblo, con nuestro santísimo padre el papa, y nuestro prelado. Pon tambien tus ojos sobre el gefe de nuestra nacion; y conociendo los votos y deseos de su corazón, haz, ¡ó Dios! por una especial gracia de tu bondad y misericordia, que goce de la tranquilidad de una paz inalterable, y que consiga con todo su pueblo una celestial victoria de todos los enemigos. Esta es la gracia que te pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor, tu Hijo, que siendo Dios, vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.

El Espíritu Santo se da á conocer y se hace sentir demasiado en la santidad de esta solemne bendicion del cirio pascual, y en la celebridad de esta augusta y misteriosa ceremonia, para no creer que todo esto es obra suya: no se puede dudar que sea de tradicion apostólica, aunque no se hiciese con esta magestuosa publicidad en aquellos tiempos de persecucion, en que los emperadores paganos tenian como cautiva toda la Iglesia; pero lo mismo fué pasar aquellos tiempos sombríos, y gozar la Iglesia de paz, que verse desenvolver sus sagradas ceremonias, y celebrarse sus oficios con este orden, esta religion y esta magestad, que indican y muestran la alta sabiduría y la sublime santidad del espíritu divino que los arregla.

Se cree que el papa Zosimo fué quien ordenó la solemnidad de la ceremonia del cirio pascual; y su bendicion, tal cual la tenemos se atribuye á San Ambrosio. Este misterioso cirio no solo representa la columna de nube y de fuego, de que ya se ha hablado en la bendicion, sino tambien la luz de la fé que nos alumbrá, el fuego divino de la caridad que Jesucristo vino á encender sobre la tierra, y del cual quiere que estén inflamados y abrasados todos los hombres. En su resurreccion fué propiamente cuando este divino fuego se encendió, y esta luz sobrenatural empezó á esparcirse por el mundo; y esto es lo que parece significan estas palabras de la bendicion.

El erudito Durando, obispo de Menda, en su Racional de los oficios divinos, dice: que los cinco granos de incienso que se ponen en el cirio pascual en forma de cruz, significan las cinco llagas, cuyas cicatrices se ha dignado el Salvador conservar en su cuerpo glorioso; las que dan bastantemente á entender, que la mortificacion es una especie de sacrificio ofrecido á Dios en olor de suavidad, cuya víctima consume el fuego del amor divino.

A la bendicion del cirio pascual se siguen doce lecciones de la Sagrada Escritura, que se llaman comunmente profecías, cuya lectura está mezclada con cánticos y oraciones. La relacion y semejanza que hay en lo espiritual, en lo místico y moral entre estas profecías y la solemnidad del día, y sobre todo, la alusion que hacen á la ceremonia del Bautismo, del cual puede decirse que el Sábado santo es la gran fiesta, dan una idea bastante cabal del gran misterio de nuestra regeneracion, llamado pascua, que quiere decir, el paso de Egipto á la tierra de promision; del estado de esclavos á la cualidad de hijos de Dios; del estado del pecado al estado de la gracia. Leense sin título, porque como á quienes se leian principalmente, era á los catecúmenos, no se les leian sino bajo el título de palabra de Dios; sin nombrarles los escritores de quienes eran, porque los suponian ignorantes de sus nombres, de su calidad y de su mérito.

La primera de estas lecciones, tomada del Génesis, es de la creacion del mundo, y principalmente de la formacion del hombre á la imágen de Dios, la que habiendo sido borrada por el pecado, ha sido reparada en el Bautismo de la regeneracion en Jesucristo, por los méritos de su muerte y de su resurreccion gloriosa, la que disipó las tinieblas que se habian esparcido por toda la tierra. Esta lec-

cion es una viva representacion alegórica de la redencion, bajo el nombre histórico de la creacion.

La segunda leccion contiene la historia del diluvio. Habiendo llegado la malicia de los hombres al último exceso, y habiendo toda carne corrompido sus caminos sobre la tierra, determinó Dios anegar, por decirlo así, la iniquidad en las aguas del diluvio; no conservándose en el arca sino solamente ocho personas, que debian, pasado el diluvio, volver á poblar todo el universo. Solo la sangre de Jesucristo, hablando en propiedad, anegó verdaderamente la iniquidad y destruyó el pecado, segun la profecía de Daniel. El arca es figura de la Iglesia, fuera de la cual no hay salvacion.

La tercera leccion cuenta la historia del sacrificio de Isaac, es decir, la historia de un padre en ademan de sacrificador, y de un hijo que se presenta por víctima; jamas hubo figura mas significativa de la figura de Jesucristo.

La cuarta es la historia del paso milagroso de los israelitas por el mar Rojo, al salir de la esclavitud de Egipto para la dichosa tierra de promision, la que como un rio destilaba por todas partes leche y miel en abundancia. Lo que fué la salud del pueblo de Dios, fué la perdicion de los enemigos de este pueblo. ¿Quién no vé en esta figura la imágen del triunfo de la Iglesia sobre todos los enemigos de Jesucristo?

La quinta leccion es del profeta Isaias, por cuya boca, despues de haber declarado el Señor en qué consiste la herencia que promete á los que ha de adoptar en Jesucristo resucitado, convida á todo el mundo á abrazar la fé, á fin de poder coger el fruto de sus promesas, y tener parte en esta herencia entre los coherederos de Jesucristo, como habla San Pablo.

La sexta contiene la profecía de Baruc. Este discípulo del profeta Jeremías declara á los hijos de Israel, que gemian entónces en la cautividad de Babilonia, que la causa de todas sus desdichas viene de que dejaron al Señor, su Dios, apartándose de sus caminos. Despues les predice la venida de Jesucristo: Este, les dice, es nuestro Dios. Solo éste por quien todo fué hecho, supo hallar el camino de la verdadera sabiduria. Este es el que la encontró, y la dió á su siervo Jacob, y á Israel su amado pueblo. Despues de esto, este Dios hecho hombre se dejó ver sobre la tierra, y conversó con los hombres.

La séptima leccion tomada del profeta Ezequiel, nos representa

el misterio de la redencion de los hombres, bajo la imágen alegórica del lastimoso estado en que estaba el linage humano, cuando vino el Salvador. Un campo dilatado, lleno de huesos secos, se presenta á los ojos del Profeta, y se oye una voz que le dice: Hijo del hombre, ¿te parece si estos huesos han de revivir? El milagro parecia poco posible; no obstante el milagro se hizo. El mismo Dios le descubrió al Profeta todo el misterio. Todos estos huesos, dice el Señor, representan la casa de Israel: los israelitas dicen: Nuestros huesos están secos; pereció toda nuestra esperanza, somos perdidos sin remedio. He aquí, sin embargo, lo que te ordeno les anuncies: Pueblo mio, ten confianza: yo abriré vuestros túmulos, y os haré salir de vuestros sepulcros; y os volveré á aquella tierra de bendicion que os prometí: y sabréis por vuestra propia experiencia, que yo soy el Señor. Esta profecía no se cumplió, rigurosamente hablando, sino en la muerte y resurreccion del Señor.

La octava leccion es del lugar de Isafas, en que dice: Que siete mugeres tomaron á un hombre, á quien no pedirán otra cosa sino que las deje llevar su nombre, y las libró del oprobio que padecían. Habiendo predicho el Profeta la total ruina de la Sinagoga y de Jerusalem, nos da aquí la imágen de la verdadera Iglesia, de que Jesucristo es la cabeza y el esposo; la palabra *siete* en la Escritura, significa un número indefinido; y estas mugeres significan en este lugar las almas redimidas por Jesucristo y purificadas con su sangre, que ponen toda su gloria y su felicidad en ser por toda la eternidad las esposas del Cordero sin mancha.

La nona leccion es del Exodo, donde se nos representa el sacrificio de Jesucristo inmolado sobre la cruz, bajo la figura del Cordero pascual, cuya sangre impresa sobre las puertas de las casas, preservó á los israelitas de la mano del ángel exterminador, y cuya carne sirvió de alimento á todos los que salieron de Egipto, pasando por entre las aguas del mar Rojo. Esta es la figura mas expresiva de la pascua de los cristianos, y de los efectos maravillosos del Cordero de Dios, inmolado por nosotros en la cruz, y hecho alimento del verdadero pueblo de Dios en la adorable Eucaristía. Este mundo es un mar tempestuoso y lleno de escollos, y no necesitamos de ménos ayuda, ni de un mantenimiento ménos milagroso que la Eucaristía, para combatir con los enemigos de la salvacion, que no nos han de faltar mientras dure el viage de esta vida.

La décima leccion es del profeta Jonas, en que se representa es-

te profeta como una figura de Jesucristo, tanto ménos equívoca, cuanto el mismo Salvador nos la declara por su figura. En efecto la muerte, la sepultura y la resurreccion del Salvador al cabo de tres dias, están bastante visiblemente señaladas en el modo con que este Profeta, que se habia como cargado el solo de las iniquidades de toda la gente de la embarcacion, fué arrojado al mar, tragado por la ballena, y vuelto á arrojar vivo tres dias despues en la playa; á lo que se siguió muy luego la conversion de los ninivitas á la sola predicacion de Jonas.

La undécima leccion es del pasage del Deuteronomio, donde se advierte que Moises escribió su segundo cántico y lo enseñó á los israelitas poco ántes de su muerte, y como en él escribia muy por extenso todos los favores que habian recibido de Dios despues de su salida de Egipto, y les echaba en cara su extremada ingratitud, y los azotes con que Dios los habia castigado, quiso que este resúmen histórico se guardase al lado del Arca del Testamento, para que sirviese de testimonio contra ellos. La Iglesia nos refiere el dia de hoy este hecho, para enseñarnos, y advertirnos cuán severamente merecemos ser castigados, si hacemos que el inestimable beneficio de la redencion nos sea inútil, por la mas negra y mas villana de todas las ingratitudes.

La duodécima y última leccion es del libro de Daniel, donde se cuenta la historia de la injusta persecucion excitada contra los tres jóvenes hebreos; como fueron condenados á ser quemados en un horno por no haber querido adorar la estátua del rey de Babilonia; y el milagro que obró Dios con ellos, habiéndoles servido el fuego de refrigerio en lugar de abrasarlos, y habiéndose convertido el horno en oratorio, donde bendecían á Dios y cantaban sus alabanzas. Como se puede decir que este milagro era figura de las muchas maravillas que habian de suceder en la Iglesia, en la cual habian de verse tantos millones de generosos mártires de Jesucristo predicar su divinidad y cantar sus alabanzas en medio del fuego de tan crueles persecuciones; la Iglesia termina las lecciones del oficio de este dia con esta profética historia; y quizá por la misma razon la lee entre año todos los sábados de las cuatro témporas.

Todas estas lecciones se terminan con la siguiente oracion:

“Dios Omnipotente y Eterno, única esperanza del mundo, que por las predicciones de tus Profetas manifestaste los misterios de estos tiempos; aumenta por tu bondad el ardor de los votos y de las

WILLIAM DE WYCHE: PUES NINGUNA DE LAS COSAS PUEDE APLICAR en la virtud, sino con la inspiracion y ayuda de tu gracia. Por nuestro Señor, &c."

La misa de este día se celebraba por la noche hácia la hora en que resucitó el Salvador, es á saber, al rayar el alba; y se llamaba la misa pascual de la vigilia. En esta fiesta anticipada, deja la Iglesia sus vestiduras de luto, y muestra bastante por sus cánticos de alegría, por lo brillante y magnifico de sus ornamentos, por el descubrimiento de los altares, y por el toque de las campanas, el gozo que la causa el ver á su Esposo salir del sepulcro, triunfar de la muerte, y tomar una nueva vida, eterna, gloriosa, resplandeciente, impasible. En la misa se omite el introito, porque todo el pueblo está ya junto; y porque las letanias mayores que acaban de cantarse, para convidar á todos los Santos á juntar sus cánticos de alegría con los nuestros, sirven de introito. Esta misa no es la misa del sábado sino de la noche del sábado al domingo, que es la noche en que resucitó el Salvador. Por este motivo en la oracion y en el prefacio, solo se hace mención de esta sagrada noche. No se da en ella la paz, porque el Salvador no la habia anunciado aun á sus discípulos, y por la misma razon se omite el *Agnus Dei*, porque en aquella hora no habia resucitado todavía.

La Epístola es del passage de San Pablo, donde dice á los colosenses que si por el bautismo han muerto y resucitado en Jesucristo, deben vivir una vida del todo nueva, y en cierto modo enteramente celestial; que no deben tener ya aficion sino al cielo, ni deseos ni anhelo sino por las cosas del cielo, mirándose en adelante como ciudadanos de aquella celestial patria; que son peregrinos en la tierra, la cual debe ser para ellos un lugar de destierro: estais muertos al mundo y al pecado por el bautismo, y así no debeis vivir ya sino en Jesucristo, y vuestra vida debe estar como escondida con Jesucristo en Dios, es decir, que la vida de los cristianos debe ser una vida pura, una vida mortificada, animada por la fé, y fortalecida por la caridad; de suerte que todos los cristianos resucitados con la cabeza de que son miembros, pueden decir como San Pablo: *Yo vivo; pero no soy yo quien vive, sino que es Jesucristo quien vive en mí.*

El Evangelio de la misa refiere la santa priesa con que al fin de la noche del sábado, esto es, desde el amanecer el domingo, que era el primer día de la semana y el tercero despues de la muerte del

Salvador, las santas mugeres que habian tenido una devocion muy tierna á Jesucristo durante su vida, corrieron al lugar de su sepultura, para hacerle las últimas exequias despues de su muerte. La fiesta del sábado se acababa siempre cerca de las seis de la tarde. Al fin, pues, de la noche, Maria Magdalena, y Maria, la madre de Santiago el menor y de Joseph, con Salomé, madre de los hijos del Zebedeo, Juan y Santiago, tomaron los aromas, el bálsamo y los ungüentos olorosos que habian comprado á las seis de la tarde, esto es, despues de haber terminado la fiesta del sábado, á cuyo tiempo se abrian las tiendas, que estaban cerradas todo el sábado. Apénas tuvieron con que embalsamar el cuerpo de Jesus, se pusieron en camino ántes del día con la claridad de la luna, para ir á tributar los últimos deberes á su buen Maestro, no reflexionando sobre la promesa que les habia hecho de resucitar al tercero día. No habiéndolas permitido ser mas diligentes la fiesta del sábado, que comenzó á las seis de la tarde del viérnes, no llegaron al sepulcro hasta cerca de salir el sol del domingo. Antes que llegasen al sepulcro hubo un gran temblor de tierra, y á este tiempo resucitó Jesucristo. El temblor de tierra y el volverse la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, sucedieron mientras las santas mugeres estaban todavía en el camino. Oyeron no obstante el ruido, el que asustó á los guardias, y sintieron igualmente el temblor que habia hecho huir á los soldados.

Llegadas al sepulcro, se sorprendieron en gran manera, no viendo á los guardias ni la gran piedra que cerraba la entrada de la primera gruta ó cueva que servia como de zaguan á la segunda donde estaba el sepulcro. La primera gruta tenia nueve pies y medio de largo, y un poco ménos de ancho. En esta primera gruta, que era donde estaba la guardia, fué donde el ángel se apareció á los soldados, al tiempo del temblor que los obligó á echar á correr. Esta primera gruta se comunicaba con otra ménos capaz, hecha en la roca á golpe de cinzel, la que tenia seis pies de largo, y cinco de ancho, y su altura cerca de ocho. La boca era bastante estrecha, pues no tenia sino tres pies y algunas pulgadas de alto, y como unos dos pies de largo; estaba cerrada con una piedra de un peso enorme, y sellada por los sacerdotes. En esta segunda gruta se habia puesto el cuerpo sagrado de Jesucristo. Llegadas, pues, las piadosas mugeres, y no encontrando soldados, entraron sin detenerse en la primera gruta, donde vieron un ángel en figura de un jóven vestido

de una túnica blanca, su rostro mas brillante que un relámpago, y sus vestiduras mas blancas que la nieve. Estaba sentado sobre la piedra que se habia puesto para cerrar la entrada del sepulcro, y que él habia apartado y echado al lado derecho. Asustáronse al principio las mugeres; pero encarándose con ellas el ángel, les dijo: No temais, ni teneis motivo para temer, puesto que abrasadas en el amor de vuestro Salvador, no venís sino á hacerle los últimos honores. Los que despues de haberle perseguido hasta la muerte no lo guardaban en el sepulcro sino para hacer inútil cuanto era de su parte, la prediccion que habia hecho de que despues de muerto se resucitaria él mismo á una nueva vida, estos sí que deben temer. Pero en cuanto á vosotras, yo sé el religioso motivo que os trae á buscar á aquel Jesus de Nazareth, que ha sido crucificado; no está aquí. Vosotras pensabais encontrarlo todavía en el sepulcro; pero ha salido de él glorioso y triunfante, y despues de haber resucitado á tantos muertos, se ha resucitado á sí mismo. Si dudais de ello, acercaos y vereis el lugar donde lo habian puesto, para que convencidas por vuestros propios ojos de la verdad de su resurreccion, váyais á llevar esta gustosa noticia á sus discípulos, y en particular á Pedro. Decidles asimismo que vayan á Galilea en donde se les manifestará, como se los tiene prometido.

El impaciente amor de estas santas mugeres las condujo desde antes del día al sepulcro de su amado Maestro, y el Señor las envió un ángel para anunciarlas su resurreccion. El fervor y la ansia de servir á Dios no están mucho tiempo sin recompensa. Solo esas devociones frias, solo esas almas flojas y perezosas están escluidas de la sala de las bodas, porque siempre llegan tarde. La resurreccion de Jesucristo inspira un gozo espiritual y muy suave á todas las almas fieles, al paso que llena de terror á sus enemigos. El que es verdaderamente de Dios por una verdadera piedad, por una conciencia pura, experimenta en las fiestas de pascua y en los otros misterios de entre año este dulce gozo, el cual es un gusto anticipado de los gozos del cielo. Pero la falsa devocion, la devocion aparente, nunca está mas triste, nunca siente ménos uncion ni ménos fervor, que en las grandes solemnidades.

Como esta noche se conferia solememente el bautismo, así á los niños como á los adultos, estos comulgaban al fin de la misa, y despues de la comunion se les daba un poco de leche y miel benditas, para significar que se les miraba como á niños, que no debian ali-

mentarse sino de leche y miel; y tambien para hacerles comprender que por el bautismo y la comunion habian adquirido el derecho de entrar en la tierra de los vivientes, es decir, en la Jerusalem celestial, que Dios habia prometido á sus escogidos bajo el nombre de una tierra que manaba leche y miel. Tambien en este día bendice el papa los *Agnus*, los que son unas medallas de cera virgen bendita, ó de la cera del cirio pascual del año antecedente, amasada con óleo santo; á las cuales la bendicion de su santidad da mucha virtud contra las borrascas, las tempestades y los artificios nocivos de los espíritus malignos.

La Epístola es del capítulo III de la del Apóstol San Pablo á los Colosenses.

Hermanos: Si habeis resucitado con Cristo, basead las cosas que son de arriba, donde Cristo está sentado á la diestra de Dios. Saboreaos en las cosas del cielo, no en las de la tierra. Porque muertos estais ya, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando empero apareza Cristo, que es vuestra vida, entónces aparecereis tambien vosotros con él gloriosos.

El Evangelio es del capítulo XXVIII de San Mateo.

Avanzada ya la noche del Sábado, al amanecer el primer día de la semana, vino María Magdalena con la otra María á visitar el sepulcro. A este tiempo se sintió un gran terremoto; porque bajó del cielo un ángel del Señor, y llegándose removió la piedra, y sentóse encima. Su semblante como el relámpago, y era su vestidura como la nieve. De lo cual quedaron los guardas tan aterrados, que estaban como muertos. Mas el ángel, dirigiéndose á las mugeres, les dijo: Vosotras no teneis que temer; que bien sé que venis en busca de Jesus que fué crucificado; pero no está aquí, porque ha resucitado segun predijo. Venid y mirad el lugar donde estaba sepultado el Señor. Y ahora id sin deteneros á decir á sus discípulos que ha resucitado; y he aquí que irá delante de vosotros en Galilea: allí le vereis. Ya os lo prevengo de antemano.

MEDITACION.

Sobre la muerte y sepultura de Jesucristo.

Considera que no hay ni puede haber cosa de mayor asombro y estupor que la muerte del hombre Dios. Ya la contemplemos en sí

misma, ya en las circunstancias que la rodearon, siempre será un objeto de pasmo y de terror. Porque ¿qué es que muera aquel que no es puro hombre, sino hombre Dios? La humanidad de Cristo fué traída al ser de Dios: ella está unida hipostáticamente á la divinidad en la persona del Verbo, de modo que el Verbo la termina: ella no subsiste con propia subsistencia, sino con la subsistencia del Verbo. Así es que este hombre es Dios; y si muere este hombre, muere Dios; no porque muera el Verbo ó la divinidad, sino porque muere este hombre que subsiste con la subsistencia del Verbo: muere este hombre que es Dios. Es verdad que su alma santísima permanece unida á la divinidad, y que su cuerpo sacrosanto queda también unido á la misma divinidad; pero esto hace mas asombrosa la muerte de Cristo, porque sin romperse la union hipostática, se separa realmente y por verdadera muerte, el alma del cuerpo: la alma descende á los senos de la tierra: el cuerpo destrozado y sangriento queda pendiente del madero, y luego es sepultado: murió Cristo, murió realmente el hombre Dios. ¡Oh muerte verdaderamente asombrosa! ¡Oh! que este muerto es libre entre los muertos: que este cadáver no se corrompe en el sepulcro; pero no por eso deja de ser verdadero muerto, ni su cuerpo deja de ser verdadero cadáver. ¡Oh alma de mi Dios, y cómo bajas al seno de Abraham! ¡Oh cuerpo de mi Dios, y cómo yaces yerto cadáver en el sepulcro helado! El amor, el amor á tus criaturas te arroja á una humillacion tan profunda, que pasma á los cielos, y no alcanza á comprender la inteligencia criada: pero cupo en tu bondad, cupo en tu sabiduría, y la abrazas para darnos en ella la mayor prueba de tu amor.

Considera que las circunstancias que revisten la muerte de Cristo la hacen mas lamentable. Ella nunca será fatal ni funesta con respecto á nosotros, porque es el principio de nuestra salud; ni segun la alteza del entender divino, del fin con que la abrazó el Salvador, y de la gloria que le trajo; pero esto no quita el que haya sido sumamente costosa y aflictiva, sumamente triste y deshonrosa para el inocente Cordero que se dignó sufrirla por nuestro amor. No contemplemos ya los dolores atrozísimos de su delicadísimo cuerpo, ni la afliccion y angustia de su espíritu: contemplemos no mas la deshonra y difamacion que le trajo á la vista de los hombres, y hallaremos por ello que no pudo ser mas triste ó mas funesta. Un pueblo que lo habia admirado insigne obrador de grandes maravillas, ve que no obra una sola para librarse de sus manos: un pueblo

que lo habia acatado como á su Salvador y á su Mesias, ve que sin defensa alguna se deja atar y conducir al patíbulo: un pueblo que no habia podido ménos de conocer por las señales su divinidad, ve que muere realmente, despues de haber sufrido todo el estrago de los tormentos: un pueblo, en fin, que lo habia oido recomendar por una voz divina venida de los cielos, observa que hoy calla, y que no hay quien vuelva por el honor y el crédito del Crucificado; y todo, todo lo atribuye, no á un efecto de la divina disposicion, y de una humillacion voluntaria abrazada por el paciente, sino á imbecilidad é impotencia, y á suerte merecida por un impostor que los habia engañado, y que hoy se ve abandonado de Dios y de los hombres. ¿Pudo llegar á mas la deshonra de Cristo? ¿Pudo ser mayor su descrédito? ¿Pudo llegar á mayor abatimiento y á una especie de destruccion ó aniquilamiento mas extremado? Ciertamente que no. El Hijo de Dios ha hecho como desaparecer su divinidad, y en todos los bienes naturales y adquiridos ha hecho como una gran quiebra, ó como la perdicion de un negociante que se hunde en la mar con todas sus riquezas; y ha querido morir con toda la deshonra, confusion y vergüenza de un facineroso, á quien la justicia hace expiar sus delitos con un castigo ruidoso para su propia pena y escarmiento del pueblo. ¡Oh Dios, y quién es capaz de comprender el rigor y la funestidad de una tal muerte! ¿Mas por qué lo dispone así el Señor? ¿Por qué hace beber á su Hijo hasta la última gota de un cáliz tan amargo? ¡Ah! que el Hijo inocente no merecia esta suerte; pero el hombre pecador, el hombre rebelde sí era muy acreedor á tan suma desgracia, á tan funesta muerte, á un abandono tan fatal y absoluto. Estaba también en los altos fines del divino consejo el que la divinidad de Cristo se acreditase por sí misma, levantándose, por decirlo así, del polvo del sepulcro; y que su religion no contase con fundamento ó auxilio que no fuera el de su divino Autor, pues habia de fundarse no con ayuda del poder humano, ó de circunstancias favorables del tiempo y las personas, sino ántes bien, contra todo el torrente de las pasiones humanas y toda la resistencia de la incredulidad, que habia de ser vencida por el poder de la gracia y la fuerza de la verdad.

PETICION Y PROPÓSITOS.

Es ciertamente, y debe ser un asunto de profunda meditacion para nosotros la muerte del Hijo de Dios en un patíbulo; pero no una

meditacion estéril que no produzca en nosotros el efecto pretendido, sino una consideracion útil que abra el camino á la entera reforma de nuestras costumbres. Nuestras culpas han ocasionado una catástrofe tan lastimosa: por destruirlas ha abrazado con anhelo el Hijo de Dios los tormentos y la muerte misma: nada ha excusado de cuanto puede producir este efecto saludable, y solo pretende que se verifique. Si queremos, pues, como debemos, el logro de esta empresa divina y el fruto de los trabajos de Jesús, es menester que cooperemos con él á la destruccion del pecado, por medio de la verdadera penitencia. Esta cooperacion es lo que falta, como dice San Pablo, á la Pasion de Cristo: "Cumpro en mi carne," dice, "lo que falta á la Pasion de Cristo." Ella es una obra acabada y capaz de producir todo su efecto; pero es necesario que nos la apliquemos por la penitencia, y por el arrego de toda nuestra vida. He aquí el propósito que debemos sacar de esta meditacion, pidiendo al Señor la comunicacion de su espíritu para cooperar dignamente á una obra que es toda de Dios.

JACULATORIA.

Léjos de mí, Señor, que yo me glorie en otra cosa que en tu cruz: por tí está el mundo crucificado para mí, y yo para él.

LECCION.

Sobre la soledad de María Santísima.

Si no es bastante, lector católico, lo que has leído hasta aquí para formar alguna idea de las angustias de María en su soledad, acompáñame con la imaginacion al huerto de Gethsemani, y allí la postura humilde del hombre Dios que con los ojos fijos en tierra oraba á su Padre con lágrimas de sangre, te manifestará cuán grande es la afliccion que causa el desamparo en medio de las angustias y trabajos. Efectivamente, á Jesucristo no fueron tan sensibles los azotes, bofetadas y atrocísimos tormentos que padeció en toda su pasion, como el desamparo y soledad: así es que ir á orar al huerto que tenía de costumbre, la noche que precedió al día de las tinieblas, no fué solo, sino que quiso le acompañasen sus discipulos, á quienes con la mayor temura dijo: *Sentaos aquí, mientras que yo voy allí y hago oracion.* Hay mas: toma consigo á tres de los mas queridos, se queja con ellos de su amarga tristeza, y les en-

carga velen con él: *Esperad aquí y velad conmigo.* ¿Por ventura necesitaba Jesucristo de la oracion, vigilancia y cuidado de unas puras criaturas? No, sin duda; mas tal era de grande su afliccion, que le hace buscar por dos veces la compañía de sus Apóstoles, y encontrándolos dormidos les hace una tan tierna como amorosa reconvencion: *¿Ni una hora sola habeis podido velar conmigo? ¿Qué deberemos, pues, juzgar de las angustias de la Virgen Madre, cuando no una hora sola, sino día y noche pasa en sus angustias y dolores, sin Apóstoles que la acompañen, sin padres ni parientes con quienes quejarse? Extendió Sion sus manos, no hay quien la consuele. Oid, os ruego, pueblos todos, y ved mi dolor: llamé á mis amigos, y ellos me engañaron.* María el día de hoy se halla en la casa del silencio, está en la morada del luto. ¡Oh soledad! ¡cuán terribles son á un corazon sensible tus angustias! ¡Oh amargo desamparo de María! ¿Qué fué de tu Hijo, del objeto de tus caricias, de la prenda de tu amor? ¡Ay! ¡que ya no vive aquel en quien ántes te complacias; una pesada losa lo separa de tí! Murrió el Hombre Dios que por tantos títulos te era tan amado.

María en su soledad no tiene hijos que se le reanun en contorno para mitigar su dolor, como á Jacob cuando la pérdida de su hijo José; y si este patriarca á pesar de ese consuelo, exclamó en medio de su dolor: *Descenderé, á mi hijo llorando, hasta el sepulcro,* ¿qué hará María, tierna y cariñosa Madre? Ella no tiene en la tierra á quien amar para dar lenitivo á su dolor, como Isaac que templó el de su difunta madre con el amor de su esposa Rebeca; pues María se halla hija sin Padre, madre sin Hijo y muger sin esposo. Las criaturas insensibles que el día de ayer dieron señales de sensibilidad en la muerte de su Hacedor, el día de hoy ninguna parte toman en el dolor de la Madre mas abandonada. El sol no se oscurece, la tierra no se mueve, los sepulcros no se abren ni las piedras se dividen. Un profundo silencio reina por todas partes.

La imaginacion de María, aunque racional y justa, no por eso deja de presentarle los tristes objetos que le atormentaron el día de ayer: todo le representa al único Hijo de sus entrañas purísimas agonizando en una cruz. Contemplemos, pues, lector cristiano, si es posible, toda nuestra vida, el mayor de los desamparos, la mas cruel y absoluta soledad de María. La afliccion y tristeza de esta Madre dolorosísima en que estuvo sumergida todo el día, recibió su complemento, subió al mas alto grado al encontrarse abandonada.

da en cierto modo de Dios, de los hambres y de las criaturas todas: *Pásome desolada, consumida de tristeza todo el día.*

Ni se crea que siendo tan viva la fé de María, la certeza que tenía de la resurrección de su Santísimo Hijo minoraba su dolor; porque así como la certeza que tenía Jesús de que había de resucitar, en nada disminuyó sus padecimientos, tampoco la que tenía su Madre purísima le servía de lenitivo; ántes por el contrario se le haría insoportable el tiempo que dilataba el consuelo. Jesús padeció en el cuerpo y María en el alma, siendo tan grande su pena, que el profeta Simeon, inspirado por el Espíritu Santo para dar alguna idea de ella, la llamó espada aguda que traspasaría su corazón. Este era como un espejo en que se representaba vivamente cuanto padecía el Salvador, y su fantasía no cesaba de atormentarla continuamente, representándole las horrosas escenas de la pasión de su Hijo desde la noche anterior. Esta amargura subía de punto, comparándola con otras alegrías que habían pasado desde la Encarnación del Verbo Divino. ¿Cómo iría repasando en su memoria la dolorosa Virgen la embajada de Gabriel, la alegría y cánticos de los ángeles en el nacimiento de Jesús, las gracias de su niñez, las palabras de vida que salían de su boca, sus acciones llenas de nobleza, de modestia y de edificación! Conociendo la divina Señora todo aquello de que era digno su Hijo, ¡qué contraste no haría con estas ideas la conducta de los judíos! ¡Ah! ¡Ea qué mar de amargura no se encontraría sumergida! ¡Con qué ansia no desearía la resurrección de Jesús para recibir el consuelo deseado!

Figurémonos que nos hallamos enfermos de un mal agudo y peligroso, y que sabemos que con tal medicamento hemos de calmar inmediatamente nuestros dolores. ¡Qué deseos tan vehementes no tenemos de que llegue á nuestras manos el remedio! Aun cuando sabemos que ha de llegar dentro de un breve tiempo, no por eso cesa nuestra angustia; ántes parece que se aumenta con la esperanza miéntras que no llega á realizarse: estamos en un estado violento, insufrible: á cada instante preguntamos si ya llegó la medicina, y si vemos que no, culpamos de omisión á nuestros amigos, á nuestros domésticos, á todos aquellos que han de contribuir á la confección de aquella, ó á traérnosla, y casi nos abandonamos á la desesperación; de suerte que puede asegurarse que vivimos en un tormento atroz, que se renueva en cada momento miéntras que no llegamos á obtener el remedio. La virtud de María era muy sólida,

su resignación en la voluntad divina era sin semejante, su paciencia á toda prueba; de aquí es que no podía producir en su alma los efectos que en nosotros la esperanza y el retardo de la resurrección de Jesús; pero siendo su bendita alma no menos virtuosa que sensible y amante de su divino Hijo, si sentiría todo aquel tormento que nosotros sentimos en situación semejante, y aun tanto mayor, cuanto aventaja á la nuestra la sensibilidad de María y su amor á Jesucristo. Convengamos, pues, en que á pesar de estar cierta de su resurrección, la tarde y noche del sábado fueron para ella unos momentos tan amargos, que en cada uno se renovaba en su corazón un nuevo é imponderable martirio.

Acompañemos á María en su soledad, y esta nos sirva de medio para hacernos formar idea de la que sentirá nuestra alma si por desgracia suya queda separada para siempre de Jesús en la hora de nuestra muerte. Si la ausencia material de su persona por unas cuantas horas causó tantas angustias en el corazón de María, ¿cuáles serán las nuestras teniendo que separarnos de su compañía por toda la eternidad? María estaba segura de que su Hijo resucitaría y se le presentaría como un Dios de bondad, de consuelo, de paz, cuya sola presencia la colmaría de placer indecible; mas nosotros sumergidos en el infierno por nuestras culpas, ¿qué esperamos? Estamos ciertos de que veremos otra vez á Jesús: sí, compareceremos ante su tribunal en el día del juicio; pero ¡ay! mas valdría que nos escondiéramos en lo mas profundo del infierno ántes que presentarnos á sus ojos. No será para nosotros ya un Dios de bondad, sino de justicia; no un Dios de consuelo, sino de aflicción; no un Dios de paz, sino de venganza. ¡Ay miserables de nosotros! Vamos, vamos á oír por la última vez la terrible sentencia de quedar para siempre escluidos de su compañía: ya no hay gloria para nosotros; los demonios nos esperan, y vamos á permanecer por todos los siglos en una perpetua soledad de las cosas del cielo, ya demas, en una continua y no interrumpida compañía de demonios y de tormentos.

Oh idea terrible! apartate de mi memoria: tú me haces estremecer: mi conciencia me anuncia que si muriera en este instante, esa sería mi suerte; pero no, no te apartes de mi pensamiento. Tú, tú eres mi remedio; tú me das á conocerme á mí mismo, tú me obligas á prevenir el golpe fatal. Ya, ya me arrepiento, ya recorro á la Madre de pecadores. Sí, Madre mía, Señora desolada, triste y dolorosa yo vengo á acompañaros en vuestra soledad, y á implorar vuestro

752 *de su* **COMPENDIO DEL AÑO CRISTIANO.** *resurrección de*
 auxilio. Si las lágrimas de un arrependido pueden servir de consuelo, aquí tenéis las mías; pero emplead las vuestras en mi favor. Mañana es el triunfo de vuestro Hijo; mañana es día de hacer mercedes; ¿qué os negará en día tan venturoso? Nada. Pues suplicadle que me conceda su gracia para salir de la culpa, permanecer y progresar en la virtud, y evitar el que en mi muerte me vea para siempre separado de su compañía y de la vuestra, sino que eternamente os alabe en la bienaventuranza.

Domingo de Resurrección.

Este es, dice el Profeta, el día feliz que hizo el Señor: celebrámosle con todo el gozo y alegría de que somos capaces. ¿Hubo jamás motivo más justo para alegrarnos que la resurrección del Salvador? Este misterio es la prueba invencible de todos los otros; es el fundamento de nuestra religión; la prenda segura de nuestra felicidad; la base de nuestra fé y el áncora de nuestra esperanza. Jesucristo resucitado, dice San Atanasio, ha hecho que la vida de los hombres sea una fiesta continua: ningún dolor, ningún temor debe turbar ya nuestro reposo: nuestra esperanza nada tiene ya de vacilante, ni de incierto, pues nuestro Maestro resucita para nunca más morir: nosotros no podemos ya morir sino para volver á vivir. Hemos llorado á Jesucristo, y así es justo que habiendo sentido los dolores é ignominias de su muerte, tengamos parte en la gloria y en el gozo de su triunfo. Manifieste su alegría todo el universo, dicen los Profetas; resuenen por todo el mundo en este día afortunado los gritos y cánticos de gozo, para celebrar un triunfo que debe hacernos á todos dichosos. La muerte es vencida; el infierno deja escapar sus más ilustres cautivos; la tierra ántes del tiempo de la restitucion general, se ve forzada á volverles á muchos santos los despojos de sus cuerpos para honrar la pompa de su victoria. El cielo envía á sus ángeles á anunciar á todos los fieles la gloriosa y triunfante resurrección de su Redentor. Los Apóstoles salen en fin de las tinieblas de su ignorancia y de su incredulidad, para reconocer y adorar la divinidad de su Salvador, á quien ven en este día victorioso de la misma muerte.

Todo el cristianismo está fundado sobre la creencia de este misterio; todo estriba sobre esta verdad fundamental. Aunque la divi-



¿Que buscáis entre los muertos al que vive? RESUCITÓ que no está aquí (S. Lucas cap. XXIV. v. 5 y 6)